

**EL PAPEL DE LOS EDUCADORES ANTE LA
ENCRUCIJADA NACIONAL***

José Alcántara Almánzar**

Ante todo deseo expresar mi gratitud al Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en la persona de la doctora Leandra Tapia, antigua compañera de trabajo y amiga, por haberme escogido para hablar en este homenaje, con el que se reconoce la invaluable labor de profesores que han cumplido o sobrepasado los veinte años de docencia ininterrumpida en las aulas de nuestra universidad. Son ellos: el doctor Héctor Elías Rosario, los ingenieros Quilvio Manuel Cabral Achécar, José Antonio Vanderhorst y Rafael Marion-Landais, el arquitecto Jesús Villeta Molineaux, el agrimensor Cecilio Santana Silverio, y el licenciado Faustino Ramírez.

Acepté la honrosa encomienda por varias razones: el apretado vínculo con la comunidad inteciana, la identificación con sus postulados académicos, el hecho de considerarme miembro de la generación a la que pertenecen estos educadores, que son también profesionales reconocidos en sus respectivas carreras, y el compartir con ellos inquietudes, esfuerzos y aspiraciones.

Hace ya casi tres décadas, impulsado por una vocación en ciernes, inicié en un colegio de esta ciudad lo que después se convertiría en el entrañable oficio de educador. En aquel febril período que hoy miramos con nostalgia, yo era un profesor

* Palabras pronunciadas en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), en el homenaje a siete profesores que han cumplido o sobrepasado veinte años en la institución, con motivo del Día del Maestro, el 28 de junio de 1996.

** Profesor del INTEC.

autodidacta que intentaba superarse, lleno de proyectos e ilusiones en el porvenir. Deseaba trascender al ámbito docente e ir más allá de la simple transmisión de conocimientos. Quería ser maestro, con todas las implicaciones del término, pues además de enseñar, intentaba ser inspirador y guía, valiéndome de los instrumentos más idóneos a mi alcance: el ejemplo y la palabra.

La década de los sesenta nos enfrentó a situaciones violentas para las que tal vez no estuviésemos debidamente preparados. Me refiero a la súbita caída de una dictadura que había pretendido eternizarse en el poder; a la guerra civil, que dejó una trágica secuela de muerte; a la ominosa ocupación extranjera; y luego al inicio de doce años sin precedentes, en los que hubo fuerte represión policial, al tiempo que se verificaba un plan desarrollista dirigido a consolidar el status de ciertos núcleos privilegiados y a fomentar el engrosamiento de una clase media incipiente que sirviera entre otras cosas, de muro de contención al empuje de los sectores populares emergentes.

En medio de ese vertiginoso proceso, muchos procurábamos prepararnos para tomar parte activa en la creación de una nueva sociedad cuyos caracteres, a fuerza de repeticiones vacías de contenido son hoy, pese a su indiscutible validez, lugares comunes del discurso político de barricada. Hablo de esa sociedad democrática con la que soñamos y por la que tantos hombres y mujeres valiosos han ofrendado sus vidas, donde la mayoría de la población tenga acceso al trabajo, la salud, la educación, la riqueza social y las libertades públicas; una sociedad donde la participación, la justicia y el respecto a los derechos ciudadanos no sean cándidas utopías; una sociedad donde la corrupción deje de ser canal de enriquecimiento al vapor; una sociedad, en fin, donde la formación técnica y profesional constituya la base del trabajo honesto y el punto de partida de una legítima movilidad social.

En esos años de frenesí político, educar implicaba riesgos y desafíos singulares. No se trataba de enseñar a secas, formando a otros para ejercer sus respectivas profesiones, sino de construir al nuevo ser humano que el país necesitaba y reclama hoy más que nunca; se trataba de cambiar la vida, haciéndola más digna y

deseable. Educábamos para la nación, de cara a los nuevos tiempos, con una tabla de valores y principios éticos insobornables en la que figurasen todas esas cualidades que siguen teniendo vigencia todavía y que identifican a la gente como responsable, seria, honesta, solidaria, generosa, comprometida, coherente, sincera.

A principios de los setenta, me convertí en profesor universitario. En esa etapa de agudos contrastes sociales pude combinar las actividades docentes con la investigación y publicación de mis primeras obras, pues aún era posible que un joven catedrático y su compañera aspirasen a mantener a la familia con sus modestos sueldos, sin verse obligados a buscar otros empleos para sobrevivir. En ese período inolvidable, las gratificaciones, igual que siempre, eran sobre todo de carácter espiritual y afectivo, frutos del trabajo realizado por vocación. Los estudiantes podían resultar muy desafiantes o demasiado ígnaros, pero nunca apáticos ni indiferentes. El gran reto consistía entonces en encontrar explicaciones válidas, debatir sobre teorías, buscar soluciones a problemas. Había en todos una avidez intelectual, un interés en saber y hacer que no hemos vuelto a encontrar posteriormente.

Durante un par de años, el país dio señales de recuperación. Muchos creyeron que nos enrumbábamos hacia un desarrollo sostenido, con los consecuentes beneficios para la población, pero eran imágenes engañosas de un crecimiento económico transitorio que no impidió el desgaste político, el clientelismo partidario, el incremento del éxodo de dominicanos hacia el exterior, la desorganización administrativa, la hipertrofia burocrática, todo ello en medio de crecientes reclamos por cambios profundos que entonces parecían inalcanzables.

Mi incorporación al INTEC como Profesor Coordinador de una de las áreas de la Facultad de Ciencias y Humanidades tuvo lugar en 1981, a instancias de José Agustín De Miguel, a la sazón Decano de dicha facultad. En seguida comencé a confeccionar los objetivos, metas y actividades de una asignatura del Ciclo Propedéutico que era sólo un nombre de un plan de estudios y para la que preparé el primer programa y estructuré una antología de textos escogidos que tiene ya varias ediciones. En colaboración con el profesor

Antonio Menéndez, con quien formaba el equipo de “Ser Humano y Sociedad”, hice la guía didáctica de la materia, siguiendo los lineamientos pedagógicos más actualizados que se aplicaban en nuestro país.

El INTEC se inspira en una filosofía educativa pluralista, abierta, participativa, orientada a la tecnología más avanzada. En su seno han podido desarrollarse a plenitud algunos académicos e investigadores cuya labor docente ha dejado su impronta en distintas promociones de estudiantes. La comunidad inteciana, en los inicios de los ochenta, se caracterizaba por su dinamismo, creatividad y espíritu de cooperación. La universidad, nueva por la edad y la metodología de trabajo, contaba ya con una magnífica biblioteca dirigida por una especialista competente, y ofrecía un clima propicio para la educación en el nivel de postgrado y maestría, y se gestaban buenos proyectos de investigación en las áreas de ingeniería y ciencias sociales.

Conservo muy gratos recuerdos del entusiasmo con que hacíamos nuestro trabajo, y de toda la animación que suscitaban conferencias, seminarios y talleres sobre los más variados temas de actualidad, así como la efervescencia provocada por las jornadas evaluativas mediante las cuales se establecía un balance de nuestra labor. Dos de los rasgos distintivos de esta universidad han sido, primero, el cambio incesante dentro de cierta continuidad operativa, respaldada por administradores que realizan su trabajo con dedicación y entrega y por sueldos moderados que imponen sacrificios; segundo, y de manera muy especial, ese ejercicio permanente de autocrítica, de pensar y pensarse, que luego de debates borrascosos e interminables sesiones de discusión, nos ha permitido seguir avanzado a pesar de las limitaciones financieras y los obstáculos de diversa índole que hemos tenido que sortear a cada paso.

Agradezco al INTEC el haberme permitido el reencuentro con Rafael Toribio y Eduardo Latorre —condiscípulo de primaria y profesor universitario, respectivamente—, la posibilidad de interactuar con tantas personas valiosas y de haberme relacionado con verdaderos maestros que han dedicado sus vidas a la educación y junto a quienes he sentido el orgullo de trabajar y de sentirme maestro también.

A riesgo de olvidar algunos nombres importantes —por lo que pido disculpas anticipadas—, quiero dar testimonio de agradecimiento a esos maestros por las vivencias compartidas. En el Área de Español al recordado Dámaso Bello, a Ligia Ramírez, Migdalia Martínez, Maritza Florentino, Jacobo Walters y Manuel Matos; en Matemáticas a Altagracia López, Leandra Tapia, Nuris González, Corides Pérez, Félix Lara, Mimelfis Cáceres y Pedro Domínguez; en Quehacer Científico a Fernando Ferrán, Nélide Cairo, Julio Sánchez, Marcos Villaman; en Ciencias Naturales a Adalgisa Arias, Ana Mercedes Henríquez, Leticia Mendoza, Antonio Fernández, Josefina Vásquez, Josefina Gómez y José Contreras; en Orientación a Griselda del Rosario, María Consuelo Sadhalá, Rosalina Perdomo, Graciaestela Elizondo y Sandra González; y en Ser Humano y Sociedad a Carlos Dore, Noris Eusebio, Luis Fernando Tejada, Lourdes Meyreles, Antonio Menéndez, José Francisco Pérez, Edmundo Morel y Manuel Mejía.

Mencionar a todos sería una tarea difícil para mi memoria y agotadora para el auditorio, pero no puedo dejar de referirme a varios decanos cuyo trabajo en el INTEC ha dejado una profunda huella en más de un sentido, y a quienes me unen afectos y relaciones especiales: Ida Hernández, Raymundo Jiménez, Altagracia López, Gerardo Mañán y Roberto Ramírez, quienes en colaboración con otros de indudable valía han realizado una labor decisiva en Servicio a la Comunidad, Salud, Humanidades, Ingeniería y Sociales.

El decenio de los ochenta, la llamada “Década Perdida”, marcó el inicio de mutaciones significativas en la cultura y la sociedad dominicanas. Fue un período de amargas frustraciones sin cuento, pues los anhelados cambios postergados en los sesenta y los setenta nunca llegaron a cristalizar. La corrupción, la represión policial, la brecha entre las clases sociales, el deterioro de la justicia, el caos de la administración pública, adoptaron nuevas modalidades, pero siempre para hacernos retroceder, disminuyendo las posibilidades de mejoría. Muchas esperanzas quedaron aplastadas por las demoleadoras realidades del momento. Por eso, para mí fue la década del desencanto.

La inflación y la devaluación monetaria obligaron a muchos a emigrar del país, o a buscar salidas a un estado de cosas que atentaba contra la salud mental y espiritual. Surgieron vías de escape y valores inéditos que sustentaron las nuevas actitudes. Las soluciones individuales terminaron imponiéndose sobre las antiguas soluciones colectivas. Se hizo cada vez más cuesta arriba mantenerse a flote, en un ambiente de precaria estabilidad política y crecientes demandas económicas.

Con la llegada de los noventa, el panorama nacional se halla totalmente transformado. Vivimos la postmodernidad, la era de las computadoras, el Internet, la información masiva, la globalización, pero paralelamente también padecemos la peor crisis que haya conocido este país desde la proclamación de la Independencia, puesto que no se trata de una simple crisis política, o económica, sino moral. Los rasgos externos de dicha crisis son deprimentes: inoperancia de los servicios públicos, muerte paulatina del hábitat, incapacidad de la justicia para hacer su papel, frenar el narcotráfico y el crimen organizado, intolerancia ideológica y guerra abierta entre partidos que dicen representar al pueblo, pero que son incapaces de entablar un diálogo sin degradar el discurso, sin denigrar a otros a los niveles que estamos presenciando llenos de estupor. En fin, inseguridad, incertidumbre, individualismo exacerbado, desconfianza, abatimiento.

El país parece navegar sin rumbo, sin timonel ni brújula, como aquella embarcación del cuento de terror creado por Edgar Allan Poe. Pero lo cierto es que atravesamos un momento crucial de nuestro devenir histórico. Si no olvidamos las lecciones de la dialéctica, comprenderemos que el cambio es incesante y que en procesos similares ha habido trastornos indecibles y mucha desorientación. Nuestro país es hoy distinto del que conocimos en nuestra mocedad; la gente es otra, otros los valores y otros los hombres y mujeres en formación a quienes tratamos de seguir orientando desde la cátedra, el periódico, el libro, la radio y la televisión.

Los tiempos han cambiado definitivamente y las metas y expectativas de estudiantes y profesores difieren mucho de aquellas que

inspiraban su labor conjunta hace apenas veinte años. Pero tal vez hoy más que nunca se justifique la presencia de los educadores comprometidos con el cambio; éstos que podrían convencer a sus estudiantes de la necesidad de reordenar la sociedad dominicana, de la urgencia de institucionalizarnos, de la responsabilidad que tienen las nuevas generaciones, ya en el umbral de un nuevo milenio.

Se encuentra esta tarde reunido un selecto grupo de académicos que es parte de esa reserva moral que tiene en pie a la sociedad dominicana en estos momentos. Se trata de una muestra pequeña, pero representativa, del valor y la dignidad nacionales. Y los profesores que hoy reciben este merecido homenaje por sus largos años de dedicación al INTEC —y a los que congratulo en nombre de todo el profesorado—, constituyen la quintaesencia del grupo aquí congregado. El hecho de que sigan enseñando, contra viento y marea, combatiendo el pesimismo y la inactividad con su sistemática y paciente labor, demuestra que son capaces de creer en una República Dominicana diferente, mucho mejor de la que padecemos una sociedad en la que podamos vivir tranquilos, satisfechos, libres, y de la que nos sintamos verdaderamente orgullosos.